

 Con este trabajo aspiro humildemente a dos cosas, por un lado, ofrecer un testimonio del profundo enriquecimiento que supone para mi ser profesora durante tantos años, en los cuales he tratado de compartir problemáticas antropológicas y feministas en diferentes espacios académicos, algo así como comenzar a reflexionar sobre mis propias prácticas. Pero por otro lado y fundamentalmente, quiero rendir un homenaje a quienes, se autodenominan y son llamadas por los y las demás “*las hijas de la tardu*”, mujeres maravillosas que en algún momento fueron mis incrédulas alumnas y hoy son mi comunidad amorosa y sostenedora.¹

Con todos los riesgos que supone hablar de una misma, uno de los cuales es caer en la vanidad, voy tratar de compartir algunas experiencias, haciendo hincapié en cuestiones vivenciales, subjetivas, ya que de distintos aspectos institucionales me he ocupado anteriormente.²

El feminismo cambia las vidas de las mujeres, los estudios feministas impactan en nuestras trayectorias vitales y en nuestras carreras. Toda reflexión sobre nuestro trabajo es una reflexión sobre nuestro tiempo histórico y personal.

Soy antropóloga en un país en el que, en el mismo año (1975) en que en los Estados Unidos se publicaba *Tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo*, de Gayle Rubin, aquí se poblaban las cárceles de detenidos y detenidas políticas, fuerzas paraestatales asesinaban a opositores y las universidades eran conducidas por fascistas confesos.

Nuestro feminismo salió de las catacumbas con la democracia y llegó a la vida académica desde núcleos externos a ella. La Antropología con perspectiva de género, a pesar de ser una pionera en las ciencias sociales feministas, en Argentina no se desarrolló

♦ La autora autorizó su publicación en esta revista. El artículo fue publicado anteriormente en Espinosa Miñoso (coord.) *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Buenos Aires, En la Frontera, 2010.

* Dra. en Antropología de la UBA. Profesora de la Universidad Nacional de San Martín y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Directora del Instituto de Investigación de Estudios de Género (IIEG) UBA.

¹ En el texto que sigue, muchas veces paso del singular al plural, porque sin querer doy cuenta de reflexiones que fueron elaboradas junto a ellas. Sería bueno que en un futuro cercano escribamos colectivamente acerca de nuestra experiencia en común, en un seminario que actualmente se dicta en el Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

² Véase Tarducci (1999) y (2005).

como otras disciplinas³. La formación de nuestra generación fue lograda a través de redes informales, cursos tomados en el exterior o dictados por investigadoras visitantes, no tuvimos referentes dentro de la universidad.

Es paradójico, pero la disciplina que estudia la “otredad” siempre nos colocó en el papel de la rareza, lo extraño, lo otro; por más fluidos que sean nuestros vínculos institucionales o fuertes nuestras alianzas políticas en nuestros lugares de trabajo. Tenemos que enfrentarnos a que nuestros seminarios sean vistos desde afuera como insulares, acotados y fundamentalmente, ideologizados y que tratan de una discriminación que ya no existe. Autoridades, colegas y alumnado están más preparados para comprender el racismo y la desigualdad de clase, que la de género. No digo ninguna novedad con esto⁴.

Por otro lado, existen diferencias sustanciales de acuerdo al tipo de carreras en las que se enseña, no son lo mismo las instancias de grado que de posgrado, los cursos en carreras de un plan específico como pueden ser una especialización o maestría en estudios de género, un posgrado de ciencias sociales en general o de antropología en particular.

En mi caso, he dado clase en carreras de antropología de varias universidades, en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, en la primera Maestría en Estudios de Género de América Latina, la de la Universidad de Rosario⁵, y en otros posgrados específicos, de Antropología y de Ciencias Sociales en general. El hecho de que recién se estén formando las nuevas camadas y de que exista un hiato generacional en la antropología feminista en Argentina, amén de la existencia de impedimentos burocráticos, hace que algunas de mis “hijas” no puedan aún hacerse cargo de tareas como dirigir tesis o becas, o incluso dar clases a nivel posgrado, más allá que estén en condiciones intelectuales para hacerlo. Esto redundo en mucho trabajo para mí, que parezco poseída por el espíritu misionero y convencida de la obligación de no dejar espacios que pueden ocuparse. Transito de universidad en universidad y de provincia en provincia llevando la “palabra”.

Esa militancia me tensiona, pero me provoca felicidad. Me agota, pero siento que vale la pena cuando una alumna me dice “el seminario me abrió la cabeza”; “yo no sabía que todo esto existía” “ahora comprendo más cosas de mi propia vida” o cuando veo a alguna de ellas en las calles, reclamando por sus derechos como mujeres. De ellas voy a hablar, de quienes fueron sensibles a nuestros afanes. No estoy afirmando que todo el mundo acepta el mensaje, por supuesto.

³ Véase al respecto Tarducci (2007) donde relato las vicisitudes de Estela Grassi para lograr una mesa de “Antropología de la Mujer” en el Segundo Congreso Argentino de Antropología Social, en 1986.

⁴ No nos olvidemos que como decía bell hooks, el sexismo es la única forma de opresión en la que se espera que las oprimidas amen a sus opresores.

⁵ Fundada en 1993, gracias al impulso de la socióloga feminista Hilda Habichayn. Totalmente autogestionada con las cuotas de las alumnas.

II

Una vez superados todos los escollos llegamos a la situación de enseñanza-aprendizaje. El alumnado se encuentra con algo que nunca vio, pero sobre lo que tiene prejuicios: con una profesora feminista, no con alguien que “estudia género”. Y con esto no quiero renegar de la utilización de la categoría género, de la cual se ha dicho y escrito mucho, solamente quiero decir que todo grupo revolucionario crea un lenguaje, crea conceptos. El feminismo creó el concepto de género. El problema es cómo es utilizado habitualmente. ¿Lo empleamos como concepto intelectual aséptico o como una herramienta política, como un motor del cambio señalando las relaciones de poder que implica?

¿En el contexto de la universidad hoy, qué significa entonces una profesora feminista? Alguien que trata de superar la tensión entre la militancia anti-intelectual y el academicismo sin conexión con la vida. Alguien que tiene una historia de activismo feminista y que, además proviene de la izquierda y nunca renegó de ella. Que expone claramente en sus clases una posición anticapitalista.

A propósito, hace poco leí un artículo de Elizabeth Kennedy, (2008) en la revista *Feminist Studies* donde ella traza una historia de los *Women's Studies* en los Estados Unidos y afirma que, en los años primeros, (fines de 1960 y comienzos de los setenta) a nadie se le ocurría aclarar que los Estudios de Mujeres eran socialistas. Pero los tiempos han cambiado, desgraciadamente.

Una profesora feminista, como yo la concibo, es alguien que cuestiona la neutralidad del conocimiento y que cree firmemente en que éste es construido socialmente y que es importante e insoslayable comprender como género, clase, raza, sexualidad, etc., afectan esa construcción.

Que no debe perder de vista una comprensión de la determinación histórica, cultural de los roles de género, pero que también pueda brindar alternativas a la opresión, ejemplos de resistencia que se han dado históricamente y que aparecen todo el tiempo en la actualidad, a pesar de un cierto pesimismo que a veces me embarga.

Una profesora que cree firmemente que es necesario articular la teorización con la historia del movimiento feminista. En ese sentido me sigue asombrando lo poco que se sabe acerca de las luchas feministas, tanto a nivel nacional como internacional. Digo esto pensando en alumnos y alumnas de ciencias sociales, algunas de las cuales tienen amplios conocimientos de filosofía y de historia de los movimientos emancipatorios y desconocen a Mary Wollstonecraft, a John Stuard Mill, Flora Tristán, al anarquismo y sus pensadoras, a la tradición feminista en Argentina...

Tenemos que comenzar hablando de todas esas luchas para demostrar que somos herederas de historias silenciadas. Para afirmar que la teoría nace de la lucha de los

colectivos que se plantan ante el poder para exigir cambios. Algo que parece elemental pero que la experiencia dice que continuamente debemos recordarlo. Las alumnas se enfrentan así, a un mundo desconocido en la mayoría de los casos, incluso respecto de las luchas del movimiento de mujeres contemporáneo. Además, frente a ellas la profesora es alguien que está relacionada con el movimiento feminista local y regional y que puede recurrir a los sucesos actuales para reflexionar desde lo teórico. Que puede hacerles sentir las pasiones y desencuentros, las distintas opciones y conflictos que tenemos como colectivo.

Ese conocimiento nos permite incluso incorporar textos y problemáticas del afuera de la vida académica, que provienen del movimiento feminista, lo cual es muy enriquecedor. Recuerdo mientras escribo, haber apelado a discusiones publicadas en RIMA⁶ (que, por otro lado, comprobamos que también alimentan artículos de periodistas amigas); documentos de grupos y campañas; proyectos de ley o polémicas relativas a determinada política pública.

Tenemos que dar a conocer una historia de lucha y conocimientos disciplinares que han sido ocultados o permanentemente sesgados al no incorporar una perspectiva de género. Abordar temas y discutir textos que los y las alumnas no han visto en sus carreras, como bibliografía actualizada sobre parentesco, (no solo de los *nuer* vivimos los antropólogos/as) sexualidad, heterosexualidad obligatoria, maternidad, nuevas tecnologías reproductivas, religión o cualquier problemática trabajadas tradicionalmente en las disciplinas, pero distorsionadas por el sesgo androcéntrico que se les imprime, que no deja ver por ejemplo, el impacto del neoliberalismo en la vida de las mujeres o lo que Saskia Sassen denomina las contrageografías de la globalización y el rol fundamental de las mujeres en ellas.

Recuerdo el asombro cuando en nuestro seminario de antropología nos referimos a la existencia, en 1885 en Estados Unidos, de una asociación de mujeres antropólogas.

III

No tenemos una concepción pedagógica alternativa a priori. Tenemos claro que el feminismo es la base política y teórica de los estudios de mujeres, de género o como sea se les llame. Tampoco caemos en la ingenuidad de negar la asimetría de poder en el aula. Afirmamos en cambio, que existe una dinámica particular que tiene que ver con el tipo de formación de tratamos de inculcar, con lo que se enseña, cómo se enseña y para qué se enseña.

Tratamos de superar la cuestión de que la pedagogía feminista puede significar pérdida de efectividad en la transmisión de conocimiento, si bien reconocemos que muchas veces es difícil superar hábitos instalados en la universidad y que los y las estudiantes sientan que lo

⁶ RIMA, Red de Información de la Mujer Argentina. <http://www.rimaweb.com.ar/>

que queremos dar es la oportunidad de reflexionar sobre lo cotidiano, pero superando el sentido común.

Deseamos que el discurso que circula en el aula, sea un mediador, que funcione como posibilitador, para que se escuchen las experiencias de las alumnas. Nuestro objetivo es comprender la opresión de las mujeres para poder ponerle fin, aunque suene ambicioso.

Compartimos un conjunto de saberes y prácticas con una aproximación pedagógica donde la profesora se compromete a crear un proceso educativo en el cual se trata de ayudar a que los y las alumnas actúen responsablemente ante nuestros sujetos de estudio y a aplicar los conocimientos en la acción social.

Sabemos que es toda una discusión el proceso de reflexividad que implica examinar críticamente la naturaleza de los mecanismos de la investigación y como encajar esto en el sistema académico. Recuerdo una propuesta de seminario de epistemología radical en la Carrera de Antropología, donde se planteaban estas cosas ignorando la producción feminista, por ejemplo, la cuestión de las epistemologías del punto de vista, o los análisis de los estudios subalternos, al estilo de “puede el/a subalterno/a hablar” que son clásicas entre nosotras.

Nuestro trabajo en el aula aspira al empoderamiento del alumnado. Que los varones revean algunas de sus prácticas y que las mujeres puedan hacer un proceso de concientización o como mínimo de reforzamiento de su autoestima⁷. El lema de nuestro grupo es “la pasión no se enseña” y sin pasión no es posible el conocimiento. Me niego a separar las emociones de la racionalidad o a considerarlas como un obstáculo al conocimiento. Ambas están interrelacionadas y creemos que el desafío feminista es precisamente tirar abajo la separación entre emoción y cognición. Además, como dice Megan Boler (1999, 168) “Las emociones no son privadas, sino que deben ser comprendidas como construidas en colaboración”.

Estamos en contra de que la inteligencia sea pensada como opuesta a los sentimientos, a los afectos y a las emociones, a todo lo que se presume como “personal”. “Las posiciones que nosotras tomamos reflejan nuestras identificaciones emocionales y teóricas y están enraizadas en los contextos culturales, sociales, políticos y económicos de nuestras historias individuales y colectivas” (Leathwood, 2004, 455) Eso es inocultable porque en nuestras clases, siempre estamos saludablemente expuestas al escrutinio ideológico y a la toma de posición. A mí particularmente la inflexión de la voz me delata, mis gestos son inconfundibles.

⁷ Hablo de alumnas porque la gran mayoría son mujeres y sé que a ellas van dirigidos mis esfuerzos. Por otro lado, es verdad que hemos tenido varones que han podido reconocer el enriquecimiento que supone poder reflexionar sobre estos temas por primera vez.

Porque como dice Adrienne Rich (1985) la teoría debe tener sus bases en la persona, en su marco espacial más cercano, en su subjetividad corporizada. Lo que quiere decir es que no sitúa al sujeto en una perspectiva meramente biológica ni en un constructivismo radical donde el cuerpo no tiene importancia. La sujeto corporizada está situada en la intersección entre lo biológico, lo social y lo simbólico. En ese sentido, ponemos el cuerpo, no tenemos miedo a mostrarnos encarnadas y apasionadas. Eso, en mi experiencia personal me ha permitido un vínculo muy fuerte con mis “hijas” y también durante esa comunión extraña que se crea en el aula. O, lo que me pone más orgullosa, entre ellas mismas, alejándose de su “madre”, como debe ser.

Creemos que los cambios producidos en las alumnas son pequeños e intensos, pero profundos, se producen en su subjetividad y no son tan perceptibles como los cambios institucionales.

Porque le damos importancia a las dimensiones afectivas del proceso de aprendizaje, escuchamos las experiencias de las alumnas y los procesos que echan a rodar por la movilización que producen los temas abordados en las clases. Estamos atentas a la experiencia tanto de la profesora como de las alumnas. La experiencia como categoría a discutir, como mediadora entre los eventos y su interpretación.

En ese sentido comparto con las feministas italianas su insistencia en que las mujeres deben desarrollar una nueva confianza en sí mismas, fortalecer la solidaridad entre ellas y reconocer su multiplicidad.

Si, el viejo *affidamento* en la traducción que a mí me gusta, como “dar seguridad”, y que postula que las mujeres deben reconocerse entre ellas y, por medio de maestras, comunicarse unas a otras la capacidad de determinar por ellas mismas sus vidas y de dar relevancia a los contextos femeninos. Una solidaridad activa entre mujeres y una lucha conjunta contra los mecanismos patriarcales.

Durante el Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe de República Dominicana en 1999, recuerdo que una de las conclusiones del taller de las jóvenes fue que ellas habían llegado al feminismo por la academia, por los “estudios de género”. Eso me puso muy feliz, porque a las mujeres de nuestra generación nos hace sentir que nuestra tarea tiene algún sentido, que creamos herramientas para que las mujeres que van a la universidad puedan pensar el mundo de manera diferente y así luchar para cambiarlo, proclamando el feliz orgulloso sentido de ser mujeres.

Bibliografía

- BOLER, Megan (1999): "Disciplined Absences: Cultural Studies and the Missing Discourse of a Feminist Politics of Emotion. En Michel Peter (como) *After the Disciplines. The emergente of Cultural Studies*. Londres, Bergin y Garvey.
- KENNEDY, Elizabeth Lapovsky (2008): "Socialist Feminism: What Difference did It Make to the History of Women's Studies?" En *Feminist Studies*, Vol.34, N°3.
- LEATHWOOD, Carole (2004). "Doing difference in different times: Theory, politics and women-only spaces in education. En *Women's Studies International Forum*, 27 (5-6).
- RICH, Adrienne (1985) "Notes Towards a Politics of Location" En Myriam Díaz Diocaretz e Iris M. Zavala (comp) *Women, feminist identity, and society in the 1980's: selected papers*. Amsterdam-Philadelphia, Benjamin.
- TARDUCCI, Mónica (2007): "Tráficos intermitentes: Sobre la circulación de teoría feministas en la antropología argentina". En *Latin American Studies Association 2007 XXVII International Congreso* (publicación en CD)
- _____ (1999) "Entre la militancia y el rigor académico: cómo ser feminista en la academia". En *Zona Franca*. Año V, N°6. Rosario.
- _____ (2005) "El aporte de la antropología a los estudios de género: reflexionando desde la experiencia". En *Genero nas fronteiras do Sul*. (Moraes, organizadora) Campinas, Pagu.